

Globethics Repository

The logo consists of the word "Globethics" in white, sans-serif font, centered within a solid blue rectangular background.

Jóvenes y política, ayer y hoy [Youth and politics, past and present]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Delpino, Nena
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-17 16:43:35
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220549

Jóvenes y política, ayer y hoy. Carta a mi hija

Delpino, Nena

Nena Delpino: Socióloga peruana, investigadora del Centro Derecho y Sociedad. Se desempeñó durante varios años en programas de promoción y capacitación dirigidos a mujeres pobladoras de barriadas limeñas. Autora de varios trabajos sobre su especialidad.

A través del recurso epistolar, como comunicación entre una madre peruana y su hija adolescente, se formula un contraste generacional entre aquellos que, como la autora, fueron jóvenes en la década de los años 70 y quienes, como su hija, lo son hoy. Desde esta entrada, se pasa revista a la significación de la política y el compromiso social con el país hace 20 años. El caso peruano, a nivel latinoamericano, pone especialmente de manifiesto la crisis regional y la frustración de las esperanzas de cambio y reforma social. La generación joven de hoy, cuyos comportamientos específicos aparecen presididos por el desconcierto, tienden hacia formas anómicas de conducta entre las cuales destacan la drogadicción y la violencia. El fenómeno de Sendero Luminoso es retratado, a través del testimonio de la madre de un militante, como capaz de convocar en un sector de la juventud peruana de hoy su necesidad de justicia y de orden

Lima, septiembre de 1991

Querida Ursula:

Mientras fui joven, anhelé permanentemente contar con una mayor información acerca de las experiencias de mis padres. No fue posible y acaso la responsabilidad de ello fue tanto suya como mía. No deseo que la experiencia se repita entre tú y yo. Pero a veces siento que en nuestro diálogo cotidiano, colmado de asuntos circunstanciales y urgentes, no nos damos tiempo para abordar ciertos temas que definen mi pasado y mi presente, respecto a los cuales tu curiosidad asoma periódicamente. Por esa razón me valgo de estas líneas para contarte, algo más ordenadamente, mi experiencia juvenil en relación con la política.

Temo que me resultará difícil prescindir de algunas comparaciones con los jóvenes de hoy. Si lo consideras un vicio de adulto, sé benévola puesto que las nuestras son dos generaciones muy distintas; que intercambien visiones - si lo hacen con respeto - sólo puede ser positivo. Acaso al reconocer que nuestras respectivas adolescencias han sido tan distintas, como lo fueron sus respectivos tiempos, quieras preguntarme cuál fue mejor. No lo sé y, peor aún, tampoco sé si hay una respuesta posible.

Vientos de desarrollo

Tenía nueve años - era 1962 - cuando mis hermanas menores y yo acompañábamos a nuestro padre a los mítines de la campaña preelectoral del partido que al año siguiente se haría cargo del gobierno. Mi padre era entonces un joven hacendado y estudiaba Derecho tardíamente. Además, militaba activamente en Acción Popular, el partido fundado por Fernando Belaúnde, a mediados de la década de los 50. Este partido aparecía en la escena política como un movimiento de índole renovadora, portador de ideas destinadas a producir un conjunto de reformas sociales y económicas. Eran tiempos en los cuales se empezaba a generalizar la idea de que un país como el nuestro se hallaba urgido de grandes cambios.

En esa contienda electoral participaban también los defensores de intereses oligárquicos ligados al capital extranjero conocidos como pradistas y odriístas - y el partido más viejo del país, el APRA, que se aliaría luego con sus enemigos tradicionales de la derecha. Pero todo el espectro político - incluyendo a la pequeña pero activa Democracia Cristiana, y a los grupitos de izquierda - parecía coincidir en la necesidad de promover el desarrollo nacional. Las discrepancias residían, ciertamente en los enfoques interpretativos acerca de los problemas del país y, en consecuencia, en las estrategias para encararlos.

En ocasiones recuerdo los discursos de aquellos políticos que conocí de cerca. Cada político en carrera proponía la construcción de un país distinto. Los candidatos que se postulaban a ocupar alguna función pública prometían todo: desde obras de infraestructura vial, asistencia, empleo, vivienda y educación, hasta transformaciones estructurales, como la reforma agraria. Los niños y los jóvenes - «los ciudadanos del mañana» - eran recursos infaltables en las encendidas peroratas, que parecían resultarles útiles para justificar el sentido de sus promesas. Inicié así mi contacto con los «discursos» de los políticos, herramienta a la que echaba mano tanto quien pretendía ocupar el sillón de Pizarro como aquel que deseaba hacerse de una curul parlamentaria. A mis escasos nueve años no ponía aún en duda las promesas de

los políticos; era muy temprano para que suscitara mi adhesión pero sí eventualmente ciertas emociones. Sospecho que en tu generación eso no ha ocurrido.

Belaúnde tomó posesión del gobierno en julio de 1963. Tengo grabada en la memoria su aparición, por vez primera, en el balcón del Palacio de Gobierno, levantando en alto una lampa - símbolo de su partido - que agitó mientras recibía los aplausos y vivas de sus adherentes. Sentía entonces respeto hacia él, no sólo por tratarse de la figura a la cual mi padre seguía: me provocaba la sensación de alguien bien intencionado. El hecho fue, en definitiva, que Belaúnde no gobernó de acuerdo a sus promesas ni a las expectativas de su electorado. Habría de ser mi primera experiencia de una constante nacional, aunque a mi edad no pude extraer de ella todas las lecciones posibles.

En mi familia, la experiencia del gobierno populista fue vivida con cierta satisfacción, a pesar de percibirse los límites que éste encontraba. Aunque mi madre cuestionara, algunas veces, la dedicación de mi padre al partido, no dejaba de mostrar orgullo cuando él recibió algún tipo de reconocimiento público. Por ejemplo, ella guardaba, en un lindo cofre, una pequeña lampa de oro que mi padre había recibido en mérito a su labor partidaria y a su desempeño en un cargo de la administración pública. Mi padre lucía la lampita en la solapa de su traje, cada vez que asistía a alguna celebración partidaria o a la inauguración de alguna pequeña obra, de aquellas ofrecidas durante la campaña electoral. Pero quienes usaron las lampas verdaderas fueron los estudiantes.

Cooperación Popular fue un programa del gobierno populista que logró interesar a muchos jóvenes universitarios de aquel momento. Años más tarde, en la militancia de izquierda, vine a conocer a algunos dirigentes que en su época juvenil habían participado en ese programa de voluntariado para apoyar a las comunidades andinas. Trabajaban como promotores sociales. Entre otras acciones destinadas a promover lo que entonces se entendía como el desarrollo del país, alfabetizaban, construían escuelas, vacunaban, etc.

Eran épocas en las cuales los vientos del desarrollo soplaban de Norte a Sur. La Alianza para el Progreso, el desarrollo comunitario tercerista propuesto desde Chile por la Democracia Cristiana, y la Revolución cubana, eran las propuestas en competencia. Algunos de aquellos jóvenes, desencantados del programa de Cooperación Popular, luego de haber constatado el alcance limitado de esas acciones, desplazaron su atención hacia la propuesta más radical. Ahí quizá pueda encon-

trarse una opción que es el primer antecedente de ese grupo a primera mirada extraño, sobre el cual me preguntas tanto: Sendero Luminoso.

Los 70, cambios importantes

Tenía quince años y cursaba el penúltimo año de la secundaria - mientras nacían quienes hoy son jóvenes adultos cuando empecé a tomar conciencia acerca del fracaso del acciopopulismo gobernante. En medio de una fuerte oposición parlamentaria y el creciente descontento de la población, la revelación de un contrato firmado con una empresa extranjera en términos lesivos a los intereses nacionales facilitó el golpe de Estado de 1968 comandado por el general Juan Velasco Alvarado.

Le decían «el Chino» a este personaje de origen provinciano y aspecto acholado que emergió de pronto a la escena política para proponer cambios profundos en la sociedad peruana. Entre esos cambios, acaso el de mayor significación fuera reivindicar derechos para aquellos que, como él mismo, no son blancos pero son mayoría en el Perú.

En 1969 tenía dieciséis años, como los que tú tienes ahora, y también me hallaba a punto de concluir la secundaria. No podía ocultar las simpatías que me despertaba este nuevo gobierno. Al fin, emergía alguien que desde el gobierno lucía genuinamente preocupado por abordar los problemas de fondo del país. «Campesino: el patrón no comerá más de tu pobreza», fue una proclama del general Velasco - convertida posteriormente en eslogan propagandístico del gobierno - que me conmovía profundamente, acaso porque crecí en una hacienda donde los campesinos sufrían la pobreza. Y, probablemente, también porque empecé a profesar en aquella época algunos ideales; el de la búsqueda de una sociedad más justa, entre los más importantes.

Velasco propuso acabar con las injusticias y acortar las enormes desigualdades sociales, económicas y culturales que existían en el país. Con ese fin, emprendió un conjunto de reformas: agraria, educativa, industrial, justicia, etc. Aunque mi familia fue indudablemente afectada por las reformas de este gobierno, adherí totalmente a muchas de ellas, sin llegar a considerarme lo que entonces se consideraba «ser velasquista». Mi padre pasó de hacendado a minifundista: la reforma agraria expropió una parte sustantiva de sus hectáreas; pese a ello, él mantuvo relaciones positivas con sus extrabajadores, convertidos ahora en cooperativistas que buscaban en él sus servicios de abogado. La década de los años 70 parecía ser portadora de cambios importantes, que muchos creímos definitivos.

Por eso, esos años 70 fueron para muchos de los jóvenes de entonces la década de las esperanzas. Encarar nuestro futuro no sólo consistía en definir nuestros intereses profesionales sino concretar los propios ideales en proyectos - fueran éstos individuales o grupales - que parecían realizables. Sé que esto suena extraño, y quizá iluso, cuando se dice hoy. Pero nuestro mundo era otro; un mundo en el cual quienes nos vinculamos a la política lo hicimos en la convicción de que teníamos un lugar en el gran proyecto de cambio social. Desde una posición u otra, cualquier joven militante político comulgaba con la necesidad de aportar a la construcción de un país distinto.

Más de una vez me he preguntado por qué no fui velasquista, si Velasco fue uno de los personajes a quienes más admiré. La respuesta probablemente reside en que su gobierno recurrió a formas autoritarias y represivas para imponer un modelo de desarrollo. Desde la estatización de los medios de comunicación hasta el encarcelamiento y la deportación de los críticos del régimen, mostró una enorme renuencia a incorporar a diversos sectores sociales en su proyecto político. Sin embargo, al lado de ese rasgo distintivo, llamaba la atención que desde algunas esferas gubernamentales se promovieran formas de participación en las organizaciones de base: cooperativas, comunidades industriales, organizaciones barriales, etc. En suma, aunque compartí algunas de las propuestas de Velasco, me sentí distante de considerarme una velasquista porque rechazaba su estilo de gobierno. Este rechazo no mermó mi admiración por él, centrada en el aprecio de su valentía para intentar cambios de envergadura.

Desconciertos

Ser joven en esos años - en los cuales fui joven significaba ser contestatario. Esto era cuestionar a la autoridad: del sistema, de los padres, de la familia, de los políticos tradicionales; tener ideales; contar con figuras a quién admirar; asumir compromisos para con uno mismo y para con los demás. Estos eran algunos de los rasgos compartidos por los jóvenes de esa década. Veinte años después, comprobamos que se han producido cambios radicales e incluso bruscos, pero no son precisamente los que esperábamos. Y uno de esos cambios - corrígeme si me equivoco consiste en que los jóvenes del Perú de hoy carecen de figuras y proyectos, individuales y grupales, a los cuales adherir. Si se exceptúa a los jóvenes senderistas, acerca de los cuales conocemos poco, los jóvenes peruanos parecen hallarse sumidos en un enorme desconcierto.

Déjame ilustrar esto con algunos datos, aunque sé que corro el riesgo de aburrirte. Un grupo que realiza sondeos de opinión pública preguntó a jóvenes limeños entre 18 y 24 años, pertenecientes a diferentes niveles socioeconómicos, acerca de los personajes contemporáneos de la escena mundial y nacional y los personajes de la historia universal o peruana que más admiran; entre la tercera parte y la mitad de esos jóvenes no respondieron la pregunta. Entre las figuras admiradas destacaban Juan Pablo II, Mario Vargas Llosa, Napoleón Bonaparte y Miguel Grau.

En la década de la esperanza contábamos con figuras literarias, artísticas, religiosas, políticas y de la historia a las cuales remitirnos para afianzar nuestra identidad y afirmar nuestras convicciones. Quién de nosotros no había leído y admirado a Vallejo, Vargas Llosa, Arguedas, Ciro Alegría o Mariátegui, entre los escritores peruanos; o a Benedetti, Borges, Cortázar, Guillén, Neruda y García Márquez, entre los latinoamericanos. Muchos de los jóvenes de hoy que, en el mejor de los casos sólo son lectores de diarios y revistas, parecen sucumbir en cierta ajenidad respecto a lo que los rodea. Porqué parecen estar desinteresados acerca de lo que ocurre a su alrededor, es una pregunta que me repito constantemente y que ahora quiero compartir contigo.

Los jóvenes de esta generación podrían estar experimentando precozmente el desencanto; que es precoz en relación con nuestra generación, que llegó a él sólo después de haber vivido la frustración de sus proyectos y el derrumbe de las referencias orientadoras de sus ideales. Los jóvenes de hoy - tú entre ellos, Ursula - enfrentan un tablero donde se les pide jugar con fichas desconocidas y según reglas de juego confusas y permanentemente cambiantes.

En este paisaje de la crisis profunda que vive el país, resultan limitados los espacios para que esta juventud desarrolle. Como consecuencia, muchos jóvenes de hoy parecían dejarse llevar por formas diversas de anomia social. Varios indicadores revelan que la problemática juvenil en el Perú de hoy gira en torno a drogadicción, delincuencia y subversión. Mientras algunos pocos realizan una suerte de carrera contra el reloj, desde la preocupación individual de garantizar su bienestar material, otros desarrollan intereses parciales, aislados y, rara vez, en torno a objetivos grupales.

Pragmatismo

Trazar el perfil político del joven de los años 90 resulta una tarea sumamente compleja y que pertenece a un objetivo muy lejano a estas líneas. El muy limitado abor-

daje logrado desde las ciencias sociales peruanas no nos permite contar con elementos ciertos acerca de lo que sienten y piensan los jóvenes peruanos hoy. Sólo puedo transmitirte algunas intuiciones, producto de mis observaciones de los jóvenes que conozco, incluyendo algunos amigos y amigas tuyos.

Un pragmatismo descarnado parecería ser el rasgo más característico de los jóvenes de esta década. El quehacer cotidiano de sus vidas está orientado por el inmediatismo: sus preocupaciones se circunscriben al aquí y al ahora. En esta coincidencia con los adultos de su época aparece una marcada diferencia con el perfil del ser joven que trazamos nosotros.

Los jóvenes de hoy se muestran excesivamente escépticos y, desinteresados de la política, parecen carecer de ideales. Como jóvenes que son, demandan calladamente - a través de diversos comportamientos - mayor atención de los adultos; quizás porque perciben lúcidamente la escasa importancia que les asigna una sociedad en la que cada cual procura su propio salvataje.

El pragmatismo de los jóvenes peruanos cobra expresión en comportamientos disímiles, que van desde la abulia y el aislamiento hasta la migración al exterior, pasando por un excesivo interés en el dinero fácil o, alternativamente, la participación en actividades subversivas. Alimentan ese pragmatismo - que abarca a quien intenta dinamitar un orden social que nosotros no pudimos mejorar -, algo de escepticismo, bastante de realismo, mucho de desconfianza y una pizca de descreimiento. Por cierto, los jóvenes no creen en las promesas ni en las palabras de los políticos; desean hechos concretos. Y aquellos que no están dispuestos a esperar más para la cristalización de esos hechos, canalizan su impaciencia a través de la violencia.

Al mirar de nuevo la primera mitad de la década de los 70, me veo al lado de los jóvenes radicales que apostamos a un proyecto político a través de alguno de los grupos de izquierda. Velasco y sus reformas en marcha - aunque no adhiriéramos al régimen - nos sirvieron de marco para alentar la posibilidad de cambio en el país. Además, la experiencia cubana iluminaba nuestros proyectos.

Inmediatamente después de que tú nacieras, el proyecto velasquista fue cancelado. Quien lo desplazó, Morales Bermúdez, hizo todo lo posible por desandar el camino que el país avanzó en siete años. En 1980, la democracia regresó con Belaúnde, elegido por el voto mayoritario del pueblo peruano. Lo sucedió Alan García; otra apuesta perdida. La izquierda - que ayudamos a construir con tanta esperanza - se

quedó en la ruta a lo largo de la década, sumida en sus conflictos internos y devorada por los apetitos y ambiciones que tanto criticamos en la derecha. En definitiva, se esfumó como alternativa, luego de haber accedido al Parlamento, los municipios y al gobierno de algunas regiones. El resto es presente y, a pesar del aire distraído con el que hojeas las revistas, lo conoces bien.

Pienso en los jóvenes peruanos y me pregunto si son depositarios de nuestros fracasos. De la imposibilidad de construir una nación integrada, con intereses colectivos, con una clase dirigente responsable y comprometida con el conjunto social; de la incapacidad para promover el desarrollo nacional, en el cual permitir el acceso de la mayoría al empleo, la vivienda y la salud dignos.

Ustedes no sólo han heredado el resultado de nuestra impotencia. Además, les ha tocado asistir a la crisis de los paradigmas y de las ideologías, que a nosotros nos permitieron inscribir en ellas los ideales que soñamos. El neoliberalismo de moda busca desesperadamente adeptos entre los jóvenes, pero tiene dificultades para llegar a ellos debido a los límites del modelo que propone. El más importante de esos límites es la perennización de la exclusión social, que afecta principalmente a los jóvenes.

Poco para ofrecer

Algún tiempo atrás conversé con una mujer, pobladora de una barriada limeña y dirigente de una organización de mujeres, que me permitió entender el porqué del creciente éxito de los grupos armados entre la población juvenil de sectores populares. Esta mujer - que sólo tenía cinco años más que los míos y aparentaba la edad de mi madre - me confesó, en medio de sollozos angustiados, su sospecha y temor respecto a que uno de sus hijos, de 22 años, fuera militante de uno de los grupos alzados en armas. Lo más interesante de este diálogo fue la reflexión de la madre acerca de las condiciones que facilitaron la opción violentista de su hijo. «Nuestro país no ofrece nada a los jóvenes», me dijo.

Gracias al esfuerzo de sus padres migrantes a Lima, el muchacho había accedido a una educación secundaria completa y, posteriormente, había cursado estudios técnicos en un centro superior, dependiente de una de las universidades limeñas. Mientras fue estudiante tuvo algunos «cachuelos» (empleos eventuales) con los cuales solventó sus gastos personales. Al concluir sus estudios buscó incansablemente trabajo, con resultados nada alentadores. Cuando lograba conseguir que

algo le «ligara», era siempre en condiciones poco atractivas: eventualidad, remuneración escasa; sin protección legal, largas jornadas, etc.

En algún momento, este muchacho pensó en la opción de convertirse en trabajador independiente. Pero, luego de recurrir a diversas posibles fuentes de financiamiento, no logró reunir el dinero necesario para habilitar un pequeño taller. Debíó resignarse a trabajar con un tío en una pequeña empresa familiar, como existen muchas en Lima. Las condiciones de trabajo no eran muy distintas a las que había tenido antes; pero aún, el joven sintió crecientemente que era explotado por el tío y no tenía posibilidad alguna de reclamar, debido a las jerarquizadas obligaciones propias de la relación de parentesco que presidía la relación laboral.

Este muchacho fue simpatizante de la Izquierda Unida, en su época de estudiante secundario; no militó entonces en ningún partido pero iba a cuanta movilización organizaban los estudiantes universitarios. Y había confiado a su madre el disgusto que sentía al ver a dirigentes de la izquierda en una competencia desesperada y permanente entre ellos, por situarse en una mejor ubicación para acceder a un mayor control de poder. Lo indignaba particularmente que la izquierda estuviera repitiendo las formas de hacer política de los políticos tradicionales.

Según relató la madre, para él, nuestro país había sido rico, justo e igualitario durante el período incaico: «En esa época, la gente no pasaba hambre», insistía. Y añadía que los problemas del Perú empezaron con la llegada de los españoles y se habían profundizado con la dominación imperialista. Pensaba que el Perú no había sabido aprovechar sus recursos y que las clases altas habían jugado siempre un papel negativo.

Para él, las clases dominantes son las responsables de haber llevado al Perú a la situación en que se encuentra. Estas sólo han actuado en función de sus propios intereses, sin pensar en la mayoría. El, con dolor, comentaba que los de «esa clase» discriminan al resto, por cuestiones raciales o económicas, sintiéndose superiores. En el medio familiar siempre concluía sus alegatos diciendo que por culpa de «esa clase» el Perú se estaba «yendo para abajo y fracasando»; abogaba por cambios radicales. La madre, entre comprensiva y afligida, concluyó su relato: «Tanto estudio y esfuerzo para esto...», y me reiteró aquello de que el país no ofrece nada a los jóvenes.

En una investigación realizada entre escolares peruanos de secundaria, se hallaron evidencias de una percepción similar a la que acabo de sintetizar. Según estos da-

tos, los jóvenes se hallan totalmente insatisfechos con el estado de cosas existente en el país durante la república, aunque no pretendo decirte que ello lleve necesariamente a participar en la lucha armada; opción que, luego de diez años de guerra, sigue siendo minoritaria.

Quienes decidieron tomar el cartucho de dinamita muestran en sus acciones altísimas dosis de crueldad, odio y fanatismo. Reiteradamente tomamos conocimiento acerca de esos rasgos en la actuación del senderista. Ellos matan a campesinos, soldados, autoridades, religiosos; a todo aquél que resulte un estorbo para sus objetivos. Muchos de los ataques senderistas son realizados por columnas integradas por jóvenes adolescentes entre los 12 y 16 años. Cuánta frustración y odio expresan estos jóvenes en su violencia.